

1847. No hubo, pues, de parte de Santa-Anna, falta ninguna en el cumplimiento de lo pactado en el armisticio. Lo que hay de cierto es que, mal informado el general norte-americano Scott, creyó que en el Molino del Rey, donde estaba establecida una fundicion de cañones, se encontraba un material de guerra considerable, y que, deseando tener un pretexto para destruirlo, se valió del que indicado dejo.

Rotas las negociaciones, el general Scott eligió para dar el combate el punto del Molino del Rey, del que una vez retiradas las fuerzas mejicanas, le dejaba abierto el paso para la capital. Como el hecho de armas de que voy á ocuparme fué uno de los mas notables que se dieron en el valle de Méjico, quiero dedicarle el siguiente capítulo, á fin de dar á conocer el terreno que sirvió de teatro á hechos memorables, y á varios de los hombres que dejaron con su valor y con su muerte, un nombre imperecedero en las páginas de la historia.

ber estipulado no hacerlo así, y además se supo que se habian fundido varias campanas de las iglesias para hacer cañones». Que ha sufrido un error en lo primero, está manifestado por la contestacion de Santa-Anna. Respecto de lo segundo puedo asegurar firmemente que no se hizo uso de campana ninguna para construir artilleria.

CAPÍTULO X

Batalla en el punto llamado Molino del Rey.—Son rechazados varias veces los norte-americanos.—Ataque al castillo de Chapultepec.—Abandona Santa-Anna con su ejército la ciudad de Méjico.—Entra en ella el ejército norte-americano.—Lucha en las calles de Méjico.—Se hace ver que no es cierto que Santa-Anna pusiese en libertad á los presos de las cárceles.—Proclama del Ayuntamiento, calmando los ánimos.—Se acerca Santa-Anna por dos veces á la ciudad, pero vuelve á alejarse.—Pasa una circular á los gobernadores de los Estados, manifestando que está resuelto á continuar la guerra.—Santa-Anna da un decreto facultando al Gobierno para que eligiese por residencia el punto que gustase.—Renuncia Santa-Anna á la presidencia.—Se dirige hácia el rumbo de Puebla.

1847

1847. Con el nombre de Molino del Rey es conocido un edificio situado al Occidente del cerro de Chapul-

tepec, que se encuentra dividido en dos departamentos por un acueducto. Uno de los departamentos formaba el molino de harinas que desde hacia pocos años se le había denominado del *Salvador*, y el otro departamento era el antiguo molino de pólvora, y que, en aquellos momentos, estaba convertido en fundición de cañones. El conjunto de este edificio, que era de cantería y amagdaloides porosa, conocida en el país con el nombre de *tezontle*, terminaba, al Norte, con la calzada llamada de Anzures, que tuerce para otra denominada la Verónica, y al Sur las espesas paredes que caen á las lomas y campos de Tacubaya. Al frente del edificio se extendía una vasta meseta con algunas sinuosidades, llamadas vulgarmente lomas del Rey, rodeada de suaves colinas, desde cuyo último término se descubre la poética y encantadora cordillera que ciñe, graciosamente, el grandioso valle de Méjico. Otro edificio, construido asimismo de amagdaloides porosa ó *tezontle* y cal, conocido con el nombre de Casa Mata, se descubría al Noroeste. Este edificio de forma cuadrada, que estaba aislado y rodeado de fosos y ligeras fortificaciones, era el depósito de pólvora. Tanto éste como el primer edificio se encontraban protegidos por los fuegos del castillo, situado en el cerro que se eleva en el bosque de Chapultepec; castillo que entonces servía de colegio militar; que el emperador Maximiliano destinó para residencia suya en la estación de los calores, y que hoy han elegido los presidentes para habitarlo durante el verano.

Santa-Anna estableció en este terreno su campo de batalla de una manera acertada, que mereció la aprobación

de los inteligentes en el arte de la guerra. La colocación de la batalla formaba una línea oblicua, cuya derecha se apoyaba en la Casa Mata, y la izquierda en el sólido edificio del Molino del Rey, que venía á formar, como he dicho, dos departamentos, uno que constituía el antiguo molino de pólvora, y el otro el de harinas, llamado entonces del *Salvador*. Santa-Anna, que consideraba ventajosa su posición, dió orden en la madrugada del día 7 de Setiembre para que las tropas de su mando cubriesen la línea en la forma siguiente. La brigada del general D. Antonio Leon, que se componía de los batallones de la guardia nacional Union, Querétaro, Mina y Libertad, en la izquierda de la línea, esto es, en los molinos: la del general graduado D. Francisco Perez, compuesta del 11 de línea y del 4.º ligero, en Casa Mata: la del general Ramirez, que estaba formada de los batallones Fijo de Méjico, 2.º ligero y 1.º y 2.º de línea, con seis cañones, en el terreno que mediaba entre la Casa Mata y los molinos: la reserva, que la componían los batallones 1.º y 3.º ligeros, se situó en el bosque de Chapultepec, á la derecha de la entrada de éste, casi al pié del cerro del mismo nombre; y la caballería, en número de 4,000 hombres, al mando del general D. Juan Alvarez, se situó en la hacienda de los Morales, á poco menos de una legua de Chapultepec. La brigada del general D. Antonio Leon fué reforzada, á poco, por la del general Rangel; y á la caballería se le dió orden, en la tarde del mismo día 7, de que se colocase á tiro de fusil de la Casa Mata, dando á su jefe las instrucciones convenientes para que cargase con decisión sobre los norte-americanos rompiendo su flanco izquierdo. El

general Santa-Anna, lleno de actividad y de esperanza en el triunfo, colocó por sí mismo todas las tropas en los puntos indicados; y á fin de que se ejecutase todo de una manera precisa, dió personalmente las instrucciones mas minuciosas al general Alvarez respecto de la caballería, y hasta le marcó el terreno mas á propósito por donde debia desfilarse.

1847. El entusiasmo que reinaba en el ejército y la guardia nacional era grande: todos confiaban en el triunfo, y al ver recorrer al general Santa-Anna, con sus ayudantes, todos los puntos de la línea, los vivas á él y á Méjico resonaban sin cesar en el viento. Las disposiciones del general en jefe para la batalla que se esperaba al siguiente dia, parecieron acertadísimas á todos, y el campamento mejicano se convirtió, en la tarde del 7, en un animado paseo, á donde concurrió una gran parte de la poblacion. Santa-Anna, comprendiendo cuán facil era en la campaña que se habia emprendido en el valle de Méjico, que una bala le privase de la vida, ó que en un revés de la suerte cayese prisionero, quiso dejar una persona que ocupase el primer puesto en el Gobierno, y al efecto ordenó á su ministro de Relaciones D. José Ramon Pacheco, que transmitiese á D. Manuel de la Peña y Peña, presidente de la suprema Corte de Justicia, un decreto reservado, con el objeto de que hallándose en poder de él, lo publicase en su caso, conservándolo, entretanto, bajo una perfecta reserva. El 7 de Setiembre, el ministro transmitió á la persona indicada el mencionado decreto que estaba concebido en estos términos: «Antonio Lopez de Santa-Anna, general de division, benemérito de la patria

y presidente interino de los Estados Unidos Mejicanos, á los habitantes de la república, sabed:

»Que siendo el mismo presidente de la república, en virtud del decreto que expidió por las facultades con que se halla investido, general en jefe del ejército que opera contra el de los Estados Unidos para la defensa de esta capital: atendiendo á los azares de la guerra y á la obligacion de prever todos los casos, en los momentos en que ni el Congreso general ni el Consejo de Gobierno se hallan reunidos, como tampoco la comision permanente de que habla el decreto de 20 de Abril último, y siendo el caso mas grave que pudiera ocurrir el de quedar acéfala la nacion en estas circunstancias: conformándome con el artículo 97, seccion 2.^a, título 4.^o del código fundamental de la república, y en uso de las amplias facultades concedidas al supremo Gobierno por el citado decreto de 20 de Abril, he tenido á bien decretar lo siguiente. Primero: En caso de sucumbir ó de caer prisionero el actual presidente interino de la república, le sustituirá el presidente de la Corte suprema de Justicia, y como adjuntos á él los Excmos. Sres. generales de division D. José Joaquin de Herrera y D. Nicolás Bravo. Segundo: Esta sustitucion durará, atendidas las circunstancias, solo el tiempo que fuere necesario, hasta que el Congreso en su caso pueda reunirse para nombrar el presidente interino, ó hasta que se verifique constitucionalmente la eleccion por los Estados. Por tanto, mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento. Palacio del Gobierno federal en Méjico, á 7 de Setiembre de 1847.—*Antonio Lopez de Santa-Anna.*—A D. José Ramon Pacheco.»

Dado este decreto que, como hemos visto, debia quedar reservado hasta que llegase el caso de caer prisionero Santa-Anna ó de perder la vida durante aquellos dias supremos, el expresado general no pensó mas que en la lucha próxima, ni se ocupó mas que de disponer todo lo necesario para ella.

1847. Al oscurecer del expresado dia 7, el general Santa-Anna cambió, en parte, la línea de batalla que habia llenado las exigencias de todo militar, y dispuso que varios cuerpos de la derecha, izquierda y centro, pernoctasen en diversos puntos. Parte de la brigada del general Rangel que cubria los molinos, á la izquierda de la línea, se situó en la casa de Alfaro, donde se celebraron las conferencias de Trist con los comisionados mejicanos, que se halla en la calzada de Méjico á Chapultepec, y el resto entró en la capital. En la Casa Mata permanecieron los batallones 4.º y 11.º, y en los molinos continuaron los batallones de guardia nacional Union, Libertad, Querétaro y Mina, al mando del general D. Antonio Leon. Los seis cañones del centro que, enfrente á la casa del molino, se habian colocado entre unos *magueyes*, llamados pita en España, se quedaron sin fuerza que los cuidase, no obstante las advertencias hechas por el general de artillería D. Martín Carrera, indicando aquella falta ó fatal descuido; y al 3.º ligero, que formaba parte de la reserva, se le ordenó que durmiese en Chapultepec. Por lo expuesto, se ve que la línea de batalla establecida por la tarde, habia sufrido alteraciones por la noche. Veamos ahora la posicion que guardaba el ejército norte-americano. El cuartel general lo habia establecido Scott en Tacubaya; y

el dia 7 envió al capitan Mason, con una fuerza de veinte dragonés, á que reconociese las posiciones mejicanas. Practicado este reconocimiento y resuelto á atacar los puntos del Molino y Casa Mata, encomendó la empresa al general Worth, que era uno de los mas entendidos del ejército. Resuelto el ataque, y confiada la funcion de armas al expresado general, las tropas invasoras se presentaron á las tres de la mañana del dia 8 en este orden. A distancia de quinientas varas de los molinos, en un punto bastante elevado del terreno se veian dos cañones de á veinticuatro, confiados al capitan Huger. Estos cañones, que batian el flanco izquierdo mejicano, dominaban absolutamente la posicion, y barrían una era que se hallaba fuera de los edificios. En otra suave altura, pero que dominaba el camino real de Tacubaya á Chapultepec, y amagando ya á la Casa Mata, ya á los molinos, ya á la caballería que amenazaba el flanco, estaba situada una batería de seis cañones, á las ordenes del coronel Duncan, sobre la llanura y enfrente la Casa Mata. La reserva se colocó á muy corta distancia de la línea, pronta á marchar al sitio que fuese necesario.

Al asomar la luz primera de la aurora del dia 8, los cañones de á veinticuatro encomendados al capitan Huger, fueron los primeros que rompieron el fuego sobre el molino. Cuarenta y cuatro piezas de artillería arrojaban una lluvia incesante de proyectiles sobre la posicion referida, que los mejicanos se habian propuesto defender á toda costa (1). El castillo de Chapultepec contestó inmediata-

(1) El historiador norte-americano Greeley asegura que fueron cuarenta

mente con sus piezas de artillería á los disparos de los invasores, y la muerte asomó la cabeza en ambos campos

1847. á los primeros albores del día. Los norte-americanos dispusieron inmediatamente una columna de mil hombres para dar el asalto sobre los molinos. Esta columna, protegida por los cañones de á veinticuatro, y seguida á corta distancia por un batallón de infantería ligera, al mando del coronel Smith, avanzó resueltamente á paso de carga. Tanto la primera columna como el batallón que le seguía marchaban llenos de entusiasmo hácia el frente de los molinos. La brigada del general D. Antonio Leon, compuesta, como queda dicho, de los batallones de guardia nacional Union, Libertad, Querétaro y Mina, estaba colocada en el acueducto y en las azoteas, y esperó serena á los asaltantes. Cuando éstos llegaron á distancia corta del punto codiciado, se rompió sobre ellos un fuego vivo y certero de fusilería. Si en la noche del día anterior no se hubiese retirado de aquel punto, por orden del general en jefe, la brigada del general Rangel, los norte-americanos se hubieran encontrado cruzados por todas partes de un fuego destructor; pero al ver sin defensores parte de la línea, y con pocos artilleros los cañones, se lanzaron sobre éstos, que estaban colocados en un magueyal, enfrente de los molinos, como dejó consignado en otro lugar. Al apoderarse de tres de ellos, prorumpieron en *hurras*, y contentos de aquel triunfo, se retiraban en el mayor abandono con sus trofeos, para volver sin duda,

y cuatro cañones los que rompieron el fuego sobre la posición mejicana. «Huger», dice el expresado historiador, «mandó romper el fuego sobre el Molino con sus cuarenta y cuatro cañones.»

al dejarlos, de nuevo al asalto, puesto que habían recibido la orden de apoderarse á viva fuerza de los molinos. La tropa del general D. Antonio Leon, colocada en el acueducto y las azoteas, hubiera querido salir de sus respectivos sitios para lanzarse sobre los contrarios que se llevaban aquellos tres cañones; pero era preciso que permaneciese en sus posiciones para esperar el nuevo asalto, y le fué, por lo mismo, imposible satisfacer su deseo. Las baterías del castillo de Chapultepec eran las únicas que, con sus tiros certeros, hacían algún daño á los que, orgullosos de su presa, se alejaban con ella, ebrios de contento. En aquellos instantes apareció de repente en los molinos, á la cabeza del 3.º regimiento ligero, el coronel D. Miguel Echeagaray, á quien se le mandó situarse la noche anterior en Chapultepec. Lleno de valor, henchido de entusiasmo y ardiendo en fuego patrio su alma, arengó á su columna, y aquellos setecientos soldados de buena tropa mejicana se lanzaron como leones sobre más de ochocientos invasores victoriosos. La columna norteamericana, al verse acometida de una manera tan terrible, se desconcertó, y no pudiendo resistir el pujante choque, huyó precipitadamente, perseguida de cerca por el 3.º ligero. Los invasores, al verse acosados y casi alcan-

1847. zados por las puntas de las bayonetas mejicanas, abandonaron los cañones de que se habían apoderado y continuaron su fuga. El 3.º ligero, sin querer detenerse á recoger la artillería, marchaba en persecución de los contrarios, haciendo un gran estrago en ellos, y así llegó hasta ponerse á tiro de fusil de la línea de batalla de los invasores. Para mantenerse en aquella posición, nece-

sario era que marchasen en su apoyo otras fuerzas, pero éstas no se presentaron en su auxilio. Amagada el ala derecha por una numerosa columna y batida á la vez por la artillería de Duncan, se encontraba imposibilitada de correr en defensa de sus compañeros de armas: la reserva, que debia estar dispuesta á volar á donde las circunstancias hicieran necesaria su presencia, no se presentó en el campo de batalla, y los cuatro mil hombres de caballería, que á las órdenes de un jefe valiente hubieran contribuido á alcanzar una completa victoria, permanecian frios espectadores del conflicto á que por su arrojo se encontraba expuesto el 3.º ligero. El centro de la línea, cuyo deber era marchar en auxilio ya de la derecha ó ya de la izquierda, puesto que él no habia sido atacado, se presentó al fin en los molinos, á las órdenes del general D. Simeon Ramirez; pero cuando se esperaba entrase en accion, como lo anhelaban los soldados y la oficialidad, el expresado general se alejó del campo de batalla sin que nada intentase, y no se le llegó á ver mas en aquella comprometida accion, que él pudo haber resuelto favorablemente para Méjico. El 3.º ligero, que se veia sin apoyo y á larga distancia de las posiciones mejicanas, detuvo su avance. Su valiente coronel, D. Miguel Echeagaray, comprendió la crítica posicion en que se encontraba, pero no desmayó. Conservando, por el contrario, la sangre fria que era necesaria en aquellos solemnes momentos y al verse rodeado de numerosas fuerzas enemigas, arengó á sus soldados, les dijo que era preciso volver á las posiciones en que estaban sus compañeros de armas, y se retiró, recogiendo los cañones que llevaban por trofeo los invasores

y ostentando sus soldados muchísimos despojos de sus contrarios.

1847. El valiente Echeagaray, así como su excelente tropa, al llegar á la línea mejicana con los cañones rescatados, fueron recibidos con vivas y gritos de entusiasmo. Retirada á su línea la columna norte-americana asaltante, el general Worth, que dirigia esta accion de guerra, cambió su línea de batalla y dispuso un ataque mas general sobre las posiciones mejicanas. Concebido y resuelto el nuevo plan, se puso inmediatamente en ejecucion. La columna que habia sido rechazada, fué aumentada con la reserva de la brigada del general Cadwallader, y estas respetables fuerzas unidas y mandadas por el expresado Cadwallader, avanzaron de nuevo y resueltamente sobre los molinos. A la vez que esta formidable columna se dirigia al punto señalado, otra no menos poderosa marchaba sobre el frente de la Casa Mata, mientras una tercera, tomando una línea diagonal al Norte, se dirigia á atacar un ángulo de la misma Casa Mata. El coronel Duncan, avanzando los seis cañones de su batería, los situó en direccion diagonal de la referida Casa Mata, en disposicion de dispararlos sobre la caballería mejicana. Otra batería de dos cañones se mandó adelantar para hacer fuego sobre el acueducto, y las compañías de dragones norte-americanas se dirigieron á encontrar á la caballería mejicana.

Mientras los invasores habian dispuesto diestramente su ataque y reforzado sus columnas, las tropas mejicanas, llenas de entusiasmo, se preparaban á defender sus posiciones á todo trance. Durante todo el tiempo que

duraron las disposiciones de uno y otro campo para emprender con mas vigor el combate, estuvo sosteniéndose un vivísimo fuego de cañon por una y otra parte. Dispuesto el asalto por segunda vez, y avanzando los invasores en la forma que dejo expresada, la batalla comenzó de nuevo con mas terrible ardor.

1847. La columna, que se dirigia á los molinos á paso de carga, fué recibida por un fuego certero y sostenido de fusilería que salia del acueducto y de las azoteas, de una zanja en que el coronel Echeagaray habia colocado algunos tiradores del 3.º ligero y de una pieza de artillería, defendida por otra fuerza del mismo cuerpo que el expresado Echeagaray habia colocado en la era que se hallaba entre los dos molinos. Los norte-americanos, al recibir aquel fuego destructor, vacilaron y detuvieron su avance, aunque sin retirarse. La columna destinada á atacar la Casa Mata, marchaba resuelta, mandada por el coronel Mac-Intosh, á apoderarse del edificio, protegida por la batería de Duncan. Las tropas mejicanas que guarnecian aquel punto, al ver cerca á los invasores, no pudieron contener su entusiasmo, y en vez de esperarles tras de los parapetos, saltaron de éstos, formaron una línea de batalla y marcharon sobre los norte-americanos, haciendo un fuego horroroso al encontrarse á distancia de veinte varas. Los asaltantes se sorprendieron; el jefe que les conducia al asalto y los principales oficiales cayeron muertos ó heridos; la columna, al verse sin jefes, perdió la moral, y acribillada al fin por las descargas de la fusilería mejicana, huyó precipitadamente hasta llegar al sitio en que se hallaba la batería

de Duncan, donde se detuvo. La otra columna norte-americana permanecia quieta, pero imponente y formidable, inclinada hácia una barranca que separaba el terreno del combate; terreno que ocupaban los cuatro mil hombres de caballería mejicana á las órdenes del general D. Juan Alvarez.

Las tropas invasoras que habian sido rechazadas de la Casa Mata, volvieron á reorganizarse inmediatamente: la columna que hasta entonces habia permanecido quieta, se puso en accion, y un número considerable de fuerzas volvieron á cargar de nuevo y con mas furia sobre la Casa Mata. Igual cosa sucedió con los asaltantes del Molino del Rey, quienes, despues de un instante de vacilacion, avanzaron sobre la posicion defendida con notable esfuerzo. Durante aquel tiempo en que las armas mejicanas rechazaban á los invasores, el general Alvarez recibió repetidas órdenes para que cargase con su numerosa caballería sobre los norte-americanos; pero pretextando que el terreno que le habia indicado Santa-Anna el dia anterior no era á propósito, y ocupado en buscar otro que creyese favorable, dejó de tomar parte en aquella batalla que él pudo decidir en favor de Méjico. Si se hubiera lanzado en aquellos momentos sobre las fuerzas invasoras, el triunfo de las armas mejicanas hubiera sido seguro. El capitán Huger, con uno de los cañones de á veinticuatro, bastó para contener todo intento de ataque de la caballería, como poco antes lo habia contenido Duncan con su batería. Así la irresolucion de un jefe privaba á los mejicanos de una victoria completa sobre sus contrarios. Al ver el general D. Nicolás Bravo, desde